REVISION DE LIBROS/BOOK REVIEW

El maltrato infantil. Un análisis ecológico de los factores de riesgo

Enrique García Fuster y Gonzalo Musito Ochoa

Ministerio de Asuntos Sociales. 1993 (p. 270)

En el mundo que nos movemos es difícil dejar espacio para que algo sorprenda. Este libro trata el tema del Maltrato Infantil que, lejos de verlo como algo anecdótico, tiene una entidad sólida, sustentada tanto por el tiempo como por la propia sociedad que se sonrroja ante sus consecuencias.

La lectura del libro permite identificar entre sus objetivos el librar la batalla al

sociales» (p. 12). Así, en los años sesenta se asocia al movimiento de los niños abandonados, mientras que en los setenta se asociará a las mujeres maltratadas y en su conjunto con la repentina atención social al problema del abuso sexual.

La estructura del libro pretende acercarnos cada vez más a una explicación compleja, con presencia de un gran número de variables en al base del maltrato infantil, a la vez que estas variables se integran en una serie de factores y categorías analizadas en los últimos años. Con todo, al contrario de lo que cabría esperar, las investigaciones ceñidas a esta temática no han surgido hasta la década de los sesenta con el modelo etiológico: modelo de explicación de acuerdo con el cual los malos tratos son un fenómeno extraño e infrecuente y cuando tiene

investigación y a la integración teórica —maltrato infantil sería el producto final de un sistema con numerosas variables interactuando—, propone plantear con claridad el problema de la definición, su impacto y los procesos más relevantes de la dinámica del maltrato infantil. Se postula, pues, «la consecución de dos objetivos fundamentales: delimitar empíricamente los distintos contextos o niveles ecológicos de sistemas implicados en el maltrato infantil y analizar los factores de riesgo que integran cada uno de esos contextos o sistemas» (p. 14).

de los años setenta.

No obstante, como casi siempre ocurre, este tipo de conductas va a exigir una clara delimitación en su contenido y establecer una definición precisa —planteamiento presentado en el capitulo dos—. En este caso, al contrario de lo que pudiera parecer, en la medida en que nosotros delimitemos y tipifiquemos el maltrato sus implicaciones prácticas van a ser diferentes; es decir, la precisión conceptual deberá abarcar al menos las siguientes categorías: el maltrato físico, la

familiar, disciplina parental...), que han obligado a los investigadores a plantearse nuevas variables de estudio, incluyendo el contexto social como otro factor de riesgo cualquiera (desarrollo del contexto, habitabilidad social, acomodación del individuo-ambiente...). «Los esfuerzos por construir tipologías de padres abusivos podrían estar enfatizando excesivamente la causa (o la culpa) de los malos tratos en el padre, restando importancia a otros factores interactivos importantes como comportamientos difíciles de los niños, acontecimientos familiares o conyugales y otros estresores que exceden la habilidad de manejo de los padres» (p. 77).

Se plantea, así, la defensa de los postulados teóricos sociales, relativos a la naturaleza violenta de la sociedad y el abuso de los métodos disciplinares para resolver conflictos; ello, se defiende, explicaría parcialmente los altos índices de maltrato, incidiendo en que «mantener el mito de la irrelevancia del factor clase social...parecería querer defender el carácter individual, particular y patológico del problema, olvidando todas las implicaciones sociales y comunitarias que pueda tener» (p. 106). Todo ello, pues, es fácil de entender que vaya a desembocar en la perspectiva ecológica —presentada en el capìtulo siete— que los autores defienden.

El modelo ecológico,para los autores, representa una posibilidad actualizada para la comprensión del Maltrato Infantil, al incluir tanto las variables individuales como la interacción familiar y el contexto socio-cultural de una forma no excluyente sino interactiva. Al mismo tiempo, posibilitará el abordar los factores de riesgo y aquellos de compensación (protección) integrados en niveles ecológicos.

El último capítulo de este libro, así como el Anexo I y II, conforman el marco empírico de este posicionamiento ecológico, donde se tiene como objetivo principal el aislar los factores de riesgo del maltrato infantil. «Delimitar los distintos contextos o niveles ecológicos de sistemas implicados en el maltrato infantil» (p. 141). Para ello, se conforman los pasos desde los primeros momentos del diseño hasta las conclusiones —analizados con detalle en los anexos del final del libro—, referidas al aislamiento de los principales indicadores de maltrato infantil en sus distintas formas. «De acuerdo con este planteamiento, el maltrato infantil se encuentra estrechamente relacionado con un conjunto de valores, actitudes y creencias hacia la infancia, la familia y la paternidad que caracterizan a la sociedad moderna» (p. 159).

En definitiva, el libro escrito por Enrique Garcia y Gonzalo Musitu es un buen acercamiento teórico y metodológico al maltrato infantil. A su vez, desde la perspectiva ecológica tratarán de componer, acertadamente, la estructura en forma de redes, en las cuales se identificará la base, los factores; en un segundo nivel estarían el tipo factores, las características del maltrato definidos por los factores que se identifiquen y, finalmente, las formas de maltrato. Todo ello dará lugar a un cuerpo conceptual integrado y derivado de la interacción de los diferentes niveles de la red que explican diferentes niveles de actuación, terminando la estructura con la interacción de las diferentes redes de estudio; individual, familiar y sociocultural, donde los autores acertadamente plantean el reto siguiente: «lograr que el cuidado de los niños se convierta en una cuestión social y ser padre en un acto social», es decir, necesitamos ir mucho más allá de celebrar el año internacional —es un paso, pero no es significativo—, aunque respetando siempre la libertad y la peculiaridad individual. Queda mucho por hacer desde los Servicios Sociales — ante todo deben dejar de ser y hacer

Acción Social—, a pesar de que en los últimos años hayamos avanzado significativamente —más en el ámbito legal que en el Social.

Revisado por:
Feliciano F. Ordóñez Fernández y
Francisco J. Rodríguez Díaz
Facultad de Psicología
Universidad de Oviedo

Experimental and surgical technique in the rat

H.B. Waynforth and P.A. Flecknell
Academic Press. 1992

En la introducción de este libro, los autores citan el trabajo de J.M. Philipeaux titulado «Note sur le extirpation des capsules surrénales chez rats albinos (*Mus Ratus*)» (*C.R. Acad. Sci., París*, 43, 904), publicado en 1.856, como el primero del que se tenga referencia en utilizar ratas para la investigación científica. Desde entonces hasta hoy, la rata en sus diferentes variedades se ha convertido en el animal por excelencia en una gran mayoría de los laboratorios de investigación. Sin embargo, no todos los investigadores que utilizan la rata como animal de experimentación conocen detalladamente la manera en que deben realizar determinadas intervenciones quirúrgicas o la forma de realizar un buen número de manipulaciones necesarias. Los siete capítulos de este libro proporcionan una amplia panorámica sobre técnicas usuales y algunas menos comunes.

El capítulo primero aborda múltiples detalles que deben ser considerados a la hora de administrar drogas u otras sustancias; así se explican los disolventes a utilizar, dosificación, volumen, Ph,... En cuanto a las formas de administración, la inyección es el método descrito más profusamente pero sin descuidar otros métodos a los que dedica unas páginas.

Los métodos para obtener diferentes fluidos corporales del animal son analizados con bastante detalle en el capítulo segundo. Se describen las técnicas para extraer orina, heces, leche, semen, secreciones viscerales y, sobre todo, sangre.

En el capítulo tercero se abordan dos temas fundamentales en la cirugía experimental de laboratorio, la anestesia y los cuidados pre y postoperatorios. La elección de un anestésico y su forma de administración es algo más complejo de lo que a simple vista parece pues cada una tiene sus ventajas e inconvenientes. Por eso, se realiza un detallado repaso a diversas técnicas, a un buen número de sustancias, sus dosis, indicaciones y duración aproximada de los efectos. Complementariamente se abordan los cuidados del animal antes, durante y después de la operación detallando aquellos parámetros que se deben vigilar y como hacerlo.

Es sabido que la rata es un animal resistente a las infecciones y que, por este motivo, no requiere las condiciones de asepsia que son necesarias en las intervenciones con otros animales; sin embargo, se necesita una preparación y planificación previas a la intervención. El capítulo cuatro aborda estos aspectos, desde la elección del material quirúrgico hasta la forma de realizar la sutura de las heridas.

Los capítulos siguientes se dedican a técnicas quirúrgicas específicas como cateterismo vascular o extirpación de diversos órganos (capítulo 5), técnicas complementarias necesarias como medida de la temperatura o presión sanguínea, producción de anticuerpos o preparación de células en suspensión (capítulo 6) y, por último, un conjunto de tablas donde

se detallan todos los parámetros fisiológicos de la rata tales como hematograma, determinaciones químicas en plasma y orina, peso de los órganos, número de cromosomas y otros muchos conforman el capitulo siete y último.

En resumen, nos encontramos ante un libro eminentemente práctico y útil para el trabajo de laboratorio de aquellos investigadores que utilicen ratas como sujetos de su investigación. La abundancia de esquemas, dibujos y fotografías ilustran unas técnicas descritas con corrección. Sin embargo, hemos echado de menos técnicas neuroquirúrgicas, algo fundamental para los que estamos interesados en el estudio del comportamiento. El libro no presta ninguna atención a la cirugía del sistema nervioso, algo que hubiéramos agradecido, pero eso no resta calidad al resto de los contenidos.

Revisado por:
Luis M. García Moreno
Dpto. Psicobiología
Universidad Complutense de Madrid

Freud: Una vida de nuestro tiempo

Peter Gay
Paidós. 1989

Introducción

La complejidad y «dureza» de una ciencia no debería medirse, como suele hacerse, por el método utilizado sino por la dificultad del objeto. Si así hiciéramos, estaríamos hablando de la Psicología como de una ciencia «dura», dada la enorme dificultad y complejidad de su objeto. De ahí que el psicólogo, que como cualquier otro científico debería adaptar su método al objeto de su disciplina, y no al revés, tendría que valerse de una gran variedad de métodos y, desde luego, no podría dejar de lado el hermenéutico. De hecho, tal vez una condición necesaria para avanzar en psicología sea la comprensión de la conducta humana y del ser humano. Y desde luego, si alguien ha destacado en psicología por utilizar el método hermenéutico, ése ha sido Sigmund Freud, a pesar de los errores y las exageraciones cometidos.

Así las cosas, podemos no estar de acuerdo con Freud, pero lo que no podemos es negarle el enorme mérito de haber descubierto todo un mundo que está ahí (el inconsciente, lo reprimido, etc.), a pesar de que seamos muchos los que no compartamos gran parte de las interpretaciones psicoanalíticas de ese mundo que descubrió. Y tampoco podemos negarle el mérito de haber sido muy valiente al atreverse a hacer públicos sus descubrimientos (construcciones, más bien) y sus interpretaciones en los ambientes conservadores y puritanos de la sociedad y sobre todo de la Medicina de su tiempo. Por supuesto que no fue Freud el primero en descubrir estas cosas. Había antecedentes entre los que tal vez haya que destacar a los alemanes Goethe, Herbart, Schopenhauer o Nietzsche. Pero, como subraya Peter Gay (p. 413) en el libro que estamos comentando, «lo que le daba a la teoría freudiana su inigualable rango explicativo era el hecho de que Freud atribuía a lo inconsciente, con la mayor precisión posible en esa área oscura, un rol estelar en la formación y perpetuación del conflicto psicológico».

Y eso sólo lo podía haber hecho un ateo como Freud. De hecho, él mismo había escrito: «Me identifico con la religión judía tan poco como con cualquier

otra». En efecto, estoy de acuerdo con Gay cuando afirma (p. 669) que hay algo de cierto en la observación de Freud en cuanto a que un judío o un cristiano devotos no podrían haber descubierto (sic) el psicoanálisis: la doctrina era demasiado iconoclasta, demasiado irrespetuosa con la fe religiosa. Algo parecido podríamos decir de Darwin, que también era judío ateo, y de su conocida teoría.

En resumidas cuentas, Freud era un fiel y perfecto representante del intelectual liberal europeo de su tiempo, situado en una difícil encrucijada de culturas y cuyas contradicciones se veían en él multiplicadas a causa de su origen judío, lo que aumentaba aún más la dificultad y contradicción de su situación. De hecho, en 1926, cuando contaba con 70 años, le dijo a su entrevistador, George Sylverster Vierecki: «Mi idioma es el alemán. Mi cultura, mis logros son germanos. Me consideré intelectualmente germano hasta advertir el crecimiento del prejuicio antisemita en Alemania y en la Austria germana. Desde ese momento, prefiero considerarme judío». Pues bien, todas esas contradicciones de Freud y de su época son perfectamente reflejadas en esta obra de Peter Gay, tal como lo indica el propio título: «Freud: una vida de nuestro tiempo». Estamos sin duda ante un libro serio, culto, erudito y a la vez profundo, sin dejar de ser ameno y de estar escrito con una magnífica prosa, que supone una perfecta mezcla de la vida y la obra del fundador del psicoanálisis y, como toda buena biografía de este tipo, y ésta es buenísma, parece escrita por un acérrimo partidario de Freud y del psicoanálisis, cosa no del todo cierta en Gay. Pero, a pesar de ello, no posee el componente hagiográfico que suele caracterizar a la mayoría de las biografías.

Además, no estamos sólo ante la biografía de Freud sino también ante la biografía de todo el psicoanálisis hasta 1939. Así, muestra magistralmente Peter Gay las relaciones de Freud con sus discípulos, colaboradores y principales seguidores: sus relaciones con Rank, Abraham, etc., su enemistad y hasta odio mutuo con Adler e incluso con Jung, sus reticencias y vicisitudes con Ferenczi, su siempre buena relación con Jones, su cada vez más fuerte amistad con Lou Andreas-Salomé, una mujer, como sabemos, que se interpuso intempestivamente en la agitada vida de Nietzsche, etc.

En resumidas cuentas, consigue Peter Gay una conjunción casi perfecta entre la vida de Freud y su obra y las relaciones con su ambiente social próximo, sobre todo sus discípulos y seguidores. Se trata, pues, como ya he dicho, de una biografía muy completa de la vida de Freud, de su obra y del psicoanálisis entero, encrustando además todo ello perfectamente en su época y en su contexto histórico: la vieja Europa y en particular la Viena de uno de los períodos más centrales en la historia europea: 1880-1940. Y ése era ciertamente uno de los objetivos explícitos de Peter Gay, como él mismo subraya en el Prefacio (p. 20): «Como historiador, situé a Freud y su obra en el seno de sus diversos ambientes: la profesión psiquiátrica que él subvirtió y revolucionó, la cultura austríaca en la que se vio obligado a vivir como judío no creyente y médico no convencional, la sociedad europea que durante el tiempo en que él vivió subrellevó los espantosos traumas de la guerra y las dictaduras totalitarias, y la cultura occidental como un todo, una cultura cuyo sentimiento acerca de sí mismo el propio Freud transformó más allá de todo reconocimiento, para siempre». Y es que las particulares circunstancias de la Europa que le tocó vivir a Sigmund Freud hace más atractiva su biografía. Como señala el propio Peter Gay, Freud, el gran descifrador de enigmas

humanos, creció entre problemas y confusiones suficentes como para aguijonear el interés de un psicoanalista.

Estamos, pues, ante un libro que de alguna manera podríamos considerar también de psicología social de la ciencia, ahora que tan de moda empieza a ponerse en ciertos círculos, en este caso de psicología social del psicoanálisis.

El Psicoanálisis: un fenómeno urbano

Entrando un poco más en el contenido del libro que estoy recensionando, me gustaría comenzar subrayando que, como más tarde defenderá Pérez Alvarez (1992), también Gay sostiene (p. 32) que «nada parece más desesperadamente urbano que el psicoanálisis, esa teoría y terapia inventadas por y para burgueses integrados en la ciudad. Freud también fue un habitante quintaesencial de la ciudad; trabajaba todos los días en su consultorio, y en su estudio todas las noches, y daba sus paseos cotidianos por la Viena moderna erigida en la época en que él era estudiante y joven médico. En efecto, la mayoría de los observadores han visto en el psicoanálisis, lo mismo que en su fundador, no sólo un fenómeno urbano, sino específicamente vienés. Freud se opuso con vehemencia: cuando el psicólogo francés Pierre Janet sugirió que el psicoanálisis sólo podía haber surgido de la atmósfera sensual de Viena, Freud consideró que esa insinuación era una calumnia maliciosa y en el fondo antisemita. En realidad Freud podría haber desarrollado sus ideas en cualquier ciudad dotada de una escuela médica de primera línea y de un público educado lo suficientemente amplio y opulento como para proveerle pacientes». Probablemente el psicoanálisis no era un fenómeno exclusivamente vienés, pero sí primordialmente urbano. De hecho, los principales seguidores, discípulos y clientes de Freud no eran sólo vieneses, pero sí provenían de las grandes ciudaees europeas como Zurich, Berlín, Budapest, Londres, etc. «Sus teorías psicológicas tomaron forma en un universo cultural lo suficientemente grande como para abarcar toda la cultura occidental» (Gay, 1989, p. 33), pero, eso sí, esencialmente la cultura occidental urbana.

Freud: el hombre y el científico

Como subraya Gay, durante el siglo XIX la ciencia de la psicología había realizado avances impresionantes y magníficos. Pero su posición era paradójica: se había emancipado de la filosofía, como antes lo había hecho de la teología, pero aceptaando el abrazo imperioso de un nuevo amo, la fisiología. Desde luego, la idea de que la mente y el cuerpo están vinculados por los lazos más íntimos tenía tras de sí una tradición antigua y honorable. Por aquella época estaba generalizada la idea de que la mente depende del cuerpo. Un ejemplo: el prestigioso neurólogo austríaco William Hammond declaraba en 1876 que «la moderna ciencia de la psicología no es ni más ni menos que la ciencia de la mente considerada como una función física». Es más, añade Gay (p. 153), «las brillantes investigaciones realizadas en el siglo XIX con la anatomía del cerebro (que contribuyeron en gran medida a trazar el mapa de los complicados mecanismos de la visión, la audición, el lenguaje y la memoria) no hicieron más que brindar apoyo a esa concepción neurológica de los procesos psicológicos... Cada vez más, la mente aparecía como una pequeña máquina alimentada por fuerzas químicas y eléctricas que podían rastrearse, esquematizarse y medirse. Con un descubrimiento tras otro, parecía absolutamente segura la posibilidad de llegar a encontrar un

sustrato fisiológico para todos los hechos mentales. La neurología era la reina». Esta fue la herencia que recogió Freud. En consecuencia, como le dijo a Fliess en 1891, él no estaba en absoluto «dispuesto a mantener lo psicológico en suspenso sin una base orgánica». Pero realmente lo que él hizo fue invertir la jerarquía tradicionalmente aceptada de la interacción mente-cuerpo: le otorgó la primacía a la dimensión psicológica del funcionamiento mental, aunque no el monopolio.

Y es que, por decirlo una vez más con palabras de Peter Gay, el siglo XIX fue el siglo psicológico por excelencia. En esa época las autobiografías confidenciales, los autorretratos informales, las novelas autobiográficas, los diarios íntimos y los diarios secretos, dejaron de brotar como gotas y se convirtieron en un diluvio acentuándose notablemente el despliegue de subjetividad, de interioridad deliberada. Lo que sembraron Rousseau —con sus penosamente sinceras Confesiones— y Goethe —con sus autopunitivas y autoliberadoras Desventuras del jovehn Werther— en el siglo XVIII, fue cosechado en el siglo XIX por autores como Byron y Stenthal, Nietzsche y William James, y desde luego por Freud.

Por otra parte, fue Freud un hombre tremendamente apasionado que orientó su pasión hacia la psicología, por supuesto a una psicología muy especial y genuina, que era la que él estaba comenzando a construir. Decía, por ejemplo, en una carta a Fliess: «Un hombre como yo no puede vivir sin una manía, sin una pasión dominante, sin (para hablar como Schiller) un tirano, y él ha llegado a mi vida. Y a servicio ya no conozco moderación ninguna. Es la psicología». Pero esa pasión no le llevó a ser tan dogmático como a veces se le supone. Así, en algunas ocasiones, tras entrevistar a un 'cliente', le decía abiertamente que el psicoanálisis no era la terapia indicada para su caso. Otro ejemplo: en su polémica con Rank se mostró Freud dispuesto a tomar en cuenta la conjetura de que su descubrimiento favorito, el complejo de Edipo, no era en absoluto tan esencial en el desarrollo mental como durante tanto tiempo él había creído.

Ahora bien, «la intención de Freud, tal como anunció en el inicio de su abultado memorando, era 'proporcionar una psicología científico-natural, es decir, representar los procesos psíquicos como estados cuantitativamente determinados de partículas materiales especificables, y de tal modo hacer esos procesos gráficos y coherentes... Las metáforas mecanicistas de Freud y su vocabulario técnico («neuronas», «cantidad», «reglas biológicas de la atención y la defensa», etc.) constituían el lenguaje de su mundo, de su formación médica y del Hospital General de Viena. El intento de establecer la psicología como una ciencia natural sobre la sólida base de la neurología se adecuaba a las aspiraciones de los positivistas con los que Freud había estudiado, y cuyas esperanzas y fantasías él trataba entonces de realizar con su trabajo. Nunca abandonó su ambición de fundar una psicología científica» (Gay, 1989, p. 106). Por consiguiente, subraya Gay (p. 150), «la teoría de la mente de Freud, en consecuencia, es estrictamente y francamente determinista». Es más, añade el autor de esta estupenda biografía de Freud (p. 107), «con mucha justicia, se ha denominado 'newtoniano' al proyecto de Freud. Es newtoniano por su esfuerzo tendente a subordinar las leyes de la mente a las leyes del movimiento, algo que los psicólogos habían estado tratando de hacer desde mediados del siglo XVIII. También es newtoniano en su búsqueda de proposiciones abiertas a la verificación empírica. Sus admisiones de ignorancia recuerdan el estilo científ-

fico de Newton y su celebrada modestia filosófica».

Sin embargo, a pesar de todo ello, los interrogantes filosóficos nunca estuvieron ausentes del obrar de Freud. Es más, «por enérgico que fuera el desdén que le inspiraban la mayoría de los filósofos y sus fútiles juegos de palabras, él mismo persiguió sus propias metas filosóficas durante toda la vida. Esta falta de coherencia es más aparente que real. Freud le daba a la 'filosofía' un significado especial. A la manera de la Ilustración, consideraba que el filosofar de los metafísicos sólo conducía a abstracciones inútiles. Se sentía igualmente hostil a los filósofos para los que la mente era sólo conciencia. Su filosofía era empirismo científico encarnado en una teoría científica de la mente» (Gay, 1989, p. 149). De hecho, como apunta el propio Gay (p. 182), «cuando quería, Freud, el positivista y convencido antimetafísico, no vacilaba en citar a un filósofo como antepasado intelelctual», cosa que hizo por ejemplo con Platón o con Schopenhauer.

Freud, hombre muy culto, estaba muy interesado por la arqueología, hasta el punto de que llega a afirmar, sin duda hiperbólicamente, que «en realidad he leído más arqueología que psicología». De hecho, lo que pretendía hacer era «arqueología de la mente». Así, por ejemplo, en El malestar en la cultura, al ejemplificar «el problema general de la preservación en la mente», empleó una amplia analogía con la ciudad de Roma, de la que tan enamorado estaba, tal como se despliega ante el hombre moderno: una sucesión de ciudades cuyos fragmentos sobreviven en yuxtaposición o han sido recuperados por las excavaciones arqueológicas. Como escribe Gay, durante toda su vida Freud se sintió impulsado a descifrar secretos. Y esa fue la herramienta que le ayudaría a construir sus teorías psicoanalíticas.

Pero pronto Freud comenzó a aplicar los conocimientos psicoanalíticos fuera del consultorio, lo que conllevó una enorme resonancia cultural y el psicoanálisis pudo tener una gran influencia sobre la sociedad toda y sobre las ciencias sociales como la Antropología o como cierta Psicología Social. Así, ya en 1910 le escribió Freud a Jung: «Cada vez estoy más convencido del valor cultural del Psicoanálisis y deseo que una persona brillante extraiga de él las consecuencias pertinentes para la filosofía y la sociedad». Y es que la perspectiva de una interpretación psicoanalítica de la cultura le fue cautivando y entusiasmando cada vez más, llegando a afirmar que el psicoanálisis puede arrojar mucha luz sobre los orígenes de la religión y la moral, sobre el derecho y la filosofía. Estaba tan convencido de que «la totalidad de la historia de la cultura» estaba aguardando a su intérprete psicoanalítico, que llegó a escribir en 1925: «Siempre he sido de la opinión de que las aplicaciones extramédicas del psicoanálisis son tan significativas como las médicas; sin duda, las primeras podrían tener tal vez una influencia mayor en la orientación mental de la humanidad». Y de ahí que Freud entrara en territorio ajeno, como dice Gay, como conquistador y no como suplicante: lo que le importaba era menos lo que podía aprender de la historia del arte, de la lingüística, etc., que lo que esas disciplinas podían aprender de él. «Lo que Freud omitió destacar — incluso a juicio de sus lectores más incondicionales— era el pensamiento de que reducir la cultura a la psicología parece tan unilateral como estudiar la cultura excluyendo por completo la psicología» (Gay, 1989, p. 367). Sin embargo, estoy de acuerdo con Gay, en que «la aplicación que hizo Freud de sus descubrimientos a la escultura, la ficción literaria y la pintura era bastante audaz.

Pero palidece en comparación con su intento de excavar hasta los más remotos fundamentos de la cultura. A los 55 años emprendió nada menos que la tarea de determinar el momento en que el animal humano dio el salto a la civilización, prescribiéndose los tabúes indispensables para toda sociedad organizada». No olvidemos que Freud se consideró siempre a sí mismo un investigador más interesado en la ciencia que en la curación, y, como él mismo observó retrospectivamente, su hambre de conocimiento se «dirigía más a los asuntos humanos que a los objetos materiales».

Otra de las cuestiones que brillante y convincentemente nos muestra Gay es la forma en que aspectos centrales del psicoanálisis los fue desarrollando Freud al hilo de, y bajo la evidente influencia de, algunas de las circunstancias vitales e históricas que le tocaron vivir. Así, nos dice Gay (p. 443), resulta tentador interpretar el último sistema psicoanalítico de Freud, con su énfasis en la agresión y la muerte, como una respuesta a su aflicción de esos años. Más en concreto, los acontecimientos históricos (I y II Guerras Mundiales, el auge del nazismo y el antisemitismo, etc.) así como los eventos de su propia vida personal y familiar (la muerte de Sophie, que era su hija predilecta, el cáncer bucal que tanto le hizo sufrir, etc.) fueron haciéndole cada vez más pesimista a Freud, hasta el punto de que el final de su vida ese pesimismo era francamente atroz. Un ejemplo muestra claramente lo que estoy diciendo: escribe Freud en El malestar de la cultura: La invención del ferrocarril sólo ha servido para que nuestros hijos puedan irse lejos, y la única utilidad del teléfono consiste en que nos permite escuchar sus voces. Sin lugar a dudas «no nos sentimos cómodos en la civilización del presente», concluye Freud.

Freud y la psicología social

Y tuvo Freud, aunque de una forma indirecta, una gran influencia en la Psicología Social, al menos en cierta psicología social (véase Munné, 1989, pp. 53-107). Así, en 1911 estaba completamente convencido de que la psicología individual no se puede separar de la psicología social: el inconsciente no puede huir de la cultura, había sostenido tres años antes, lo que le llevó a afirmar que la religión es una neurosis colectiva.

Pero fue en su Psicología de las masas y análisis del yo (1921) donde Freud examinó más detenidamente la relación entre la psicología individual y la social. De hecho, unos meses antes de que se publicara este libro escribió sobre él: «No es que piense que este libro sea particularmente un éxito, pero señala un camino para comprender la sociedad a partir del análisis del individuo». Y ése era en el fondo el objetivo principal del libro. Freud había estado leyendo muy detenidamente los ensayos y monografías de los psicólogos que por entonces habían publicado sobre la psicología de las masas (Le Bon, Trotter, Sighele, etc.) y los utilizó como estímulos para su propio pensamiento, que se reflejó en obras de gran éxito como Tótem y Tabú (1913), Más allá del principio del placer (1920), Psicología de las masas y análisis del yo (1921), El porvenir de una ilusión (1927), El malestar en la cultura (1931), Tótem y tabú (19) o Moisés y el monoteísmo (1938). Así, Tótem y tabú, escribe Gay, alcanzó en sus conclusiones una influencia mayor que La psicología de las multitudes de Le Bon. Lo que le interesaba a Freud, añade Gay, era investigar qué mantenía unidos a los grupos, aparte del transparente motivo racional del propio interés. La respuesta necesariamente lo llevó al campo de la psicología social. Pero lo

que más llama la atención en su «psicología de las masas», es el generoso empleo por parte de Freud de proposiciones psicoanalíticas para explicar la cohesión social. Escribe textualmente Freud en su Psicología de las masas: «El contraste entre la psicología individual y la psicología social o de masas, que a primera vista puede parecernos muy importante, si se examina de cerca pierde mucho de su carácter tajante», añadiendo que, «en la vida mental del individuo el Otro entra con toda regularidad como ideal, como objeto, como auxiliar, y como adversario; por lo tanto, la psicología individual es desde el principio psicología social al mismo tiempo». A todo ello puntualiza Gay (p. 453): «Al postular la identidad esencial de la psicología individual y la psicología social, Freud dejaba en claro que el psicoanálisis, a pesar de su individualismo intransigente, no podía explicar la vida interior sin recurrir al mundo externo».

«En resumen —concluye Gay (p. 454)—, la psicología de las masas, y con ella toda psicología social, es parásita de la psicología individual; ése es el punto de partida de Freud, que sostiene con persistencia». En esta misma línea se coloca Munné al afirmar (1989, p. 66): «El individualismo del psicoanálisis freudiano, que en el fondo es un reflejo de la ideología de la clase media de la sociedad occidental europea a la que Freud pertenecía y cuyos pacientes trataba, impide construir una psicología propiamente social».

Conclusión

La influencia de Freud y del Psicoanálisis en el Siglo XX ha sido sin duda, para bien y para mal, realmente enorme. El propio Freud era consciente de ello, hasta el punto de que en sus Conferencias de Introducción al Psicoanálisis señaló que éste le había infligido a la megalomanía de la humanidad la última de las tres heridas históricas que ha sufrido: Copérnico había mostrado que la tierra no era el centro del universo; Darwin colocó al hombre en el lugar que le correspondía entre las demás especies animales; y él, Freud, estaba enseñándole al mundo que el yo es en gran medida siervo de fuerzas inconscientes e incontrolables de la mente.

Es más, en vida de Freud fueron no pocos los que señalan esta fuerte influencia de Freud. Veamos sólo dos ejemplos: en 1926, McDougall escribía: «Además de los seguidores profesionales, todo un ejército de legos, educadores, artistas y dilettanti han quedado fascinados por las especulaciones freudianas y las han convertido en una desorbitada moda popular, de modo que algunos de los términos técnicos empleados por Freud se han incorporado al idioma popular, tanto en Estados Unidos como en Inglaterra». Tres años después, en 1929, Stefan Zweig trató de resumir así la influencia de Freud: «Creo que la revolución que usted ha provocado en la estructura psicológica, filosófica, y en toda la estructura moral de nuestro mundo, excede en mucho la parte meramente terapéutica de sus descubrimientos. Pues hoy en día todas las personas que no saben nada sobre usted, todo ser humano de 1930, incluso quien nunca ha oído la palabra 'psicoanalista', ya está indirectamente influido por su transformación de las almas»., lo que es opinión de Peter Gay (p. 509) «no está lejos de la pura verdad».

A pesar de ello, como sostiene Salvador Giner (1987, p. 646), resulta difícil estimar el verdadero alcance de la aportación de Freud. En todo caso, añade Giner, sin sus concepciones, gran parte de la filosofía y la ciencia social contemporáneas tendrían un signo muy diverso.

En suma, a pesar de que todas las teorías, y tal vez más aún las psicológicas, son esencialmente falsas, nos ayudan a entender el mundo en que vivimos, el mundo psicológico en este caso. Y sin duda el Psicoanálisis ha sido una de las escuelas psicológicas del siglo XX que más pueden ayudarnos, a pesar de sus grandes errores, a entender ciertos aspectos de la psicología del hombre contemporáneo. De hecho, el Psicoanálisis refleja en gran medida la personalidad de su fundador. Y no olvidemos que el propio Freud puede perfectamente ser considerado un buen representante del siglo XX. Sea cual sea el balance «científico» que hagamos de su obra, lo que no podemos negarle a Freud es el haber sido una de las más grandes figuras de la psicología de todos los tiempos, con una biografía realmente apasionante, que refleja las contradicciones y pasiones de la época histórica que le tocó vivir y que Peter Gay consigue reflejar vívida y magistralmente en esta obra, lo que sin ninguna duda le convierte en un libro francamente inexcusable para cualquier psicólogo, independientemente de cuál sea su escuela o tendencia psicológica.

Referencias

Gay, P. (1989): *Freud: Una ida de nuestro tiempo,* Barcelona: Paidós (original inglés, 1988).

Giner, S. (1987): *Historia del pensamiento social,* Barcelona: Ariel (original, 1967).

Munné, F. (1989): *Entre el indi iduo y la sociedad,* Barcelona: P.P.U.

Pérez Alvarez, M. (1992): *Ciudad, indiiduo y psicología,* Madrid: Siglo XXI.

Revisado por:
Anastasio Ovejero
Facultad de Psicología
Universidad de Oviedo

El comportamiento en el medio natural y construido

María Amérigo, Juan Ignacio Aragonés, José Antonio Corraliza (Comps.)

Edita: Agencia de Medio Ambiente
Junta de Extremadura, 1994; pp. 245

El libro a comentar recoge las ponencias y comunicaciones presentadas al seminario que sobre Psicología Ambiental se celebró en Orellana (Badajoz) en el mes de septiembre de 1992, con el fin de discutir en profundidad los aspectos teóricos, metodológicos y aplicados que en este momento constituyen los elementos de análisis y discusión de la disciplina. Los tópicos en torno a los que giró dicha discusión y que vertebran el libro fueron los seis siguientes:

Acción, representación y emoción en el medio construido

El punto de partida de este libro, y su eje fundamental, lo constituye la reivindicación, en general, del ambiente y, en particular, del medio construido como elementos psicológicos. El ambiente o el espacio son el objeto de trabajo tradicionalmente reconocido de arquitectos, urbanistas, ingenieros, etc. y, sin embargo, parece como si se hubiera olvidado que el espacio no es el agujero donde discurre la vida humana, sino más bien el lugar de la experiencia del individuo. Por tanto, como experiencia psicológica que es, en su estructuración, ordenación y diseño no sólo habrán de ser tenidos en cuenta elementos tecnológicos, arquitectónicos o de ingeniería, sino además aquellos otros psicológicos que, en definitiva, son los responsables de la adecuada integración, adaptación, e identificación del sujeto con el entorno que le rodea. La necesidad de considerar el ambiente

de esta manera se hace clara al observar la tradicional y simplista categorización en construido y natural. El medio construido, que se contrapone al natural (donde no ha intervenido el hombre) es doblemente psicológico, en tanto que es fruto de la organización social, a la vez que condiciona el desempeño psicológico y conductual de la persona. Por otra parte, el valor de todo espacio, es lo que condiciona su interacción con él, y se haya determinado por su carácter ideativo o su capacidad simbólica para representar algo.

José Antonio Corraliza, a través de su reflexión acerca de los contenidos del tema que da nombre a este apartado, y María Amérigo, con su trabajo sobre satisfacción residencial, aportan evidencias de los hechos mencionados, todo lo cual se espera haga reflexionar a políticos y a profesionales de la planificación y ordenación urbana sobre la importancia de la labor de la Psicología Ambiental como elemento asesor en el diseño y ejecución del medio ambiente.

La conservación y gestión de los recursos naturales. Aspectos Psicológicos y sociales

El papel del psicólogo ambiental no se reduce al ambiente construido, como bien nos recuerda Ricardo de Castro en el capítulo de introducción a este tópico, sino que es también de enorme transcendencia a la hora de emprender acciones y diseñar programas para la conservación y gestión de los recursos naturales, pues en ello también se encuentran implicados aspectos psicológicos y sociales. El hombre en su interacción con el medio ambiente ha provocado un proceso de agotamiento y destrucción de los recursos naturales y las soluciones que hasta no hace demasiado tiempo han venido dándose a este proceso han sido o bien de carácter naturalista o bien economicistas o técnicas, sin entrar a considerar la importancia de la conducta humana en los problemas ambientales. Se reclama, por tanto, la necesidad de adoptar una perspectiva humana que insista en la prevención y promoción de actitudes y conductas proambientales, sin dejar de lado los aspectos cognitivos. Así pues, todo programa de intervención ambiental promovido desde la Psicología Ambiental para la resolución de problemas ambientales que dependen del comportamiento de las personas habrá de recurrir a las estrategias clásicas de la comunicación persuasiva y al uso de incentivos.

Afortunadamente la necesidad de crear estrategias de intervención psicosocial en el mundo ambiental hoy día es ya una realidad en el ámbito de la administración pública, pues se considera incuestionable la importancia de la conducta en los problemas ambientales, como lo demuestra el que ésta haya pasado a ser tenida en cuenta como medio sectorial de intervención posible.

Los trabajos de Jesús Pascual y realizados en la Agencia De Medio Ambiente de la Comunidad Autónoma de Madrid y de Mariano Soriano, en la de Murcia, nos ejemplifican sobradamente este hecho y nos ayudan a perfilar y comprender el papel de la Psicología Ambiental en la administración, que en este momento abarca la planificación sectorial, la educación ambiental, la calidad ambiental, la información pública, el tráfico, etc.

Los movimientos sociales y el conservacionismo en la investigación psicoambiental

El desarrollo de la disciplina dentro de este área ha sido posible, en parte, gracias a la aparición y, sobre todo, a su enorme auge a lo largo de los últimos años, del ecologismo, el conservacionismo, el movi-

miento verde, etc. Gracias a estos movimientos sociales el medio ambiente se ha convertido en un objeto categorizado socialmente de una forma muy positiva y relevante, lo cual ha hecho de él en la actualidad uno de los valores principales de amplios estratos de nuestra sociedad. Es por ello que son múltiples los estudios que han tratado de hallar los factores que explican estos movimientos sociales o, simplemente, la participación en favor del ambiente, como es el caso de la investigaciones presentadas en libro por Carmen Alcober y colaboradores y Ernesto Suárez y colaboradores. Según señala Bernardo Hernández en su comunicación, no han faltado las explicaciones que atienden exclusivamente a factores de tipo sociodemográfico o aquellas otras que se refieren a factores psicológicos, o incluso las que señalan la situación como responsables de tales conductas. Sin embargo, los modelos de explicación de tipo único se han demostrado inviables, pues, por ejemplo, aunque se ha insistido en la necesidad de introducir un enfoque de tipo humanista en todo el fenómeno ambiental es imposible explicar la conducta proambiental recurriendo solamente a variables psicológicas. Es necesario acudir también a variables de tipo social, que expliquen elementos tales como las causas del problema del medio ambiente, las «manipulaciones» que se hacen de él, etc., o a variables de tipo situacional como pudiera ser el desajuste o deterioro del entorno que pudiera haber sufrido una persona.

Seis reflexiones sobre los procesos psicológicos en el uso, organización y evaluación del espacio

En consecuencia, es bajo la perspectiva multimodal como en la actualidad se analizan e interpretan los procesos psicológicos en el uso, organización y evaluación del espacio. Este hecho se constata en lo que Enric Pol en este libro denomina evolución metateórica de la disciplina, que de posturas interaccionistas ha pasado a otras de tipo sistémico y en la actualidad transaccionales, rechazando toda explicación causalista simple. El holismo es el planteamiento metateórico dominante en la Psicología Ambiental actual, impregnando «todos» sus ámbitos o parcelas. Así a nivel teórico, cada vez tienen mayor eco las teorías constructivistas y de categorización cognitiva. En el caso de los estudios de evaluación ambiental los más frecuentes en Psicología Ambiental y en los que la percepción de la calidad ambiental del sujeto es la acepción dominante, son tenidos en cuenta tanto los factores sociales implicados en la creación de significados como afectos, motivaciones, creencias, valores, aspiraciones, comparaciones, deseos, etc. Los estudios de apropiación del espacio también constituyen buena muestra de lo dicho pues en ellos se pretende articular la globalidad y complejidad de los procesos que intervienen en la conducta territorial.

Aspectos metodológicos de la investigación medioambiental

El rápido crecimiento de la Psicología Ambiental ha originado la aparición en su seno de algunos de los problemas propios de la ciencias sociales, y por ende de la Psicología, como es el de la metodología. La disciplina se enfrenta a la falta de una metodología e instrumentos de evaluación propios, como consecuencia de haber asumido de forma acrítica la lógica del empirismo y del positivismo en la que asienta su herramienta fundamental de trabajo, el experimento de laboratorio. Hoy más que nunca se hace necesaria una reflexión acerca de los aspectos metodológicos de la disciplina. Algunas líneas sobre las que comenzarla serían,

según Lupicinio Iñiguez: las relaciones teoría método, el debate método cuantitativo vs. cualitativo o, entre otras posibles, el método experimental vs. correlacional. Sobre éstas consideraciones M.ª Teresa Anguera, en su capítulo «la metodología observacional en Psicología Ambiental», propone la metodología observacional como la mejor adaptada al análisis riguroso del comportamiento en el medio construido y natural, en tanto que es la única que nos permite estudiar la interacción compleja conducta-entorno, entre otras cosas porque nos posibilita su análisis a la vez sincrónico y diacrónico. En este sentido, es necesario, según la misma autora, un acercamiento a la Etología para recuperar estrategias de evaluación y medición.

Desarrollo y proyección de la Psicología Ambiental en España

Con el fin de facilitar las claves para un mejor entendimiento de la disciplina y con ello su mejor avance, Juan Ignacio Aragonés analiza en el último capítulo del libro *Desarrollo de la Psicología Ambiental* desde los ámbitos de la docencia, investigación e intervención sirviéndose para ello de la consideración de los roles o personas que desempeñan las funciones, las organizaciones formales o informales que las mantienen y los lugares geográficos donde se desarrollan.

En conclusión, el libro que acabamos de presentar constituye un punto de referencia básico para todos aquellos que conociendo o desconociendo este área de la Psicología Social desean tener una visión más precisa y profunda de lo que constituye la realidad española de la investigación en Psicología Ambiental, que como bien acreditan todos los que en él participan es de un potencial enorme y con una gran proyección de futuro. No dudamos que su lectura estimulará la discusión acerca de la naturaleza, carácter e importancia de la propia disciplina y que ello contribuirá a un mayor desarrollo tanto en el campo de la investigación (que ya hoy es grande), como en el académico e institucional.

Revisado por:
Fco. Javier Grossi Queipo

.....

El cerebro sexual

Simon Levay
Madrid: Alianza Editorial, 1995

Simon LeVay, fundador del *Instituto de Educación de la Homosexualidad Masculina y Femenina*, se ha convertido en uno de los autores más polémicos de las últimas décadas, por los estudios que ha llevado a cabo sobre las raices biológicas de la homosexulidad masculina.

Sus investigaciones en este campo, han generado numerosos trabajos de alcance internacional entre los que destaca su ya clásico artículo, *«A difference in hypothalamus structure between heterosexual and homosexual men»* [Science 1991]. En 1993, vio la luz la 1ª edición americana de su libro *«The sexual Brain»*, traducido en 1995 al Castellano bajo el título *«El cerebro sexual»* [Alianza editorial].

La edición castellana de «The sexual brain», escrito con talante divulgativo, nos ofrece una visión de los comportamientos sexuales, analizados desde una perspectiva biológica, que en innumerables ocasiones, se enmarca en un reduccionismo biológico. Comienza Simon LeVay centrándose en la clásica cuestión de la «naturaleza frente al medio», en lo que atañe a numerosos atributos y com-

portamientos humanos, manteniendo inicialmente una postura interaccionista, pero sesgando ésta contra las posibles influencias ambientales a medida que profundizamos en el contenido del texto. Es en este capítulo, donde introduce al lector en el concepto de dimorfismo sexual tanto en un plano anatómico como conductual, de gran utilidad para la comprensión de sus ideas posteriores.

A continuación, nos presenta una visión, bastante particular y personal, de la filogenia sexual, en donde se discute los motivos que han dado lugar a la selección de la reproducción sexual en contra de la asexual en los mamíferos. Con el fin de sostener sus ideas evolutivas sobre ciertas conductas y en especial de la conducta sexual, LeVay intenta escudarse bajo los postulados de la Sociobiología. Aquí, se hace preciso mencionar al lector, que las teorías sociobiológicas han sido criticadas por ofrecer una explicación reduccionista y determinista desde la biología, de la existencia humana (para profundizar en los aspectos críticos se puede consultar, entre otros trabajos: *«Not in our genes: biology, ideology and human nature.» R.G. Lewontin, S. Rose y L. J. Kamin.*).

El capítulo tercero, supone una buena introducción a la biología del desarrollo sexual, en donde se presenta de manera breve y clara el proceso de la determinación genética del sexo y la cascada de acontecimientos hormonales necesarios para la consecución de un fenotipo masculino o femenino. A lo largo de los capítulos cuarto y quinto, LeVay esboza alguno de los principios básicos en cuanto a la organización cerebral (descripción y funcionalidad neuronal, organización y conexiones entre núcleos). Debido a la importancia del hipotálamo (estructura ubicada en la base del encéfalo) en la regulación de procesos hormonales y su relación con numerosas conductas sexodimórficas, el autor dedica varias páginas a la descripción de los subnúcleos que la forman y al comentario de alguna de sus múltiples funciones. Es en estos dos últimos capítulos en donde se describen de un modo claro y preciso alguna de las técnicas de marcaje histoquímico, siendo unas específicas de conexiones y otras detectoras de la expresión génica.

Los tres capítulos siguientes se dedican al análisis de determinadas conductas sexodimórficas, centrándose en los aspectos diferenciales de los procesos fisiológicos involucrados en las respuestas sexuales de hombres y mujeres, en las conductas de cortejo y en la conducta maternal. Si bien es cierto que Simon LeVay reconoce un cierto papel a los elementos ambientales en la producción de estas conductas, se continúa apreciando un sesgo consciente e intencionado hacia posturas interpretativas de corte biologicista.

El capítulo noveno, se dedica íntegramente, a la presentación de los circuitos cerebrales involucrados tanto en las conductas sexuales típicamente femeninas como en las típicamente masculinas, centrándose en el capítulo décimo en el estudio de la acción de ciertas hormonas gonadales, durante perìodos críticos perinatales, como determinantes del dimorfismo sexual posterior. Sin duda, de gran relevancia parece ser el efecto organizativo de la testosterona, que actuaría en uno de esos períodos críticos. El autor vuelve a intentar darle cabida a la influencia del medio, para la expresión posterior de la conducta sexual, no obstante, parece nuevamente un mero trámite de forma ya que continúa reiterándose en posturas reduccionistas. A lo largo de estos capítulos iniciales, Simon LeVay, restringe su análisis a conductas y circuitos cerebrales relacionados de algún modo con la función sexual, pero llegados al capítulo décimo primero, retoma el dimorfismo sexual en otros ámbitos psicológicos tales como las conductas agonísticas, las aptitudes lingüísticas y visuoespa-

ciales etc.. Es en esta parte del texto, cuando se realizan algunas afirmaciones cuanto menos debatibles y actualmente debatidas, como el mayor tamaño de la comisura anterior en favor de las mujeres (*S. Demeter, R.W. Doty y J.L. Ringo* han hallado lo contrario (citado por Willian Bayne, en Investigación y Ciencia. 1994.)).

Quizás la parte más polémica del libro, se revele a partir del capítulo décimo segundo, en donde se comienza a tratar el tema de la orientación sexual (ya esbozado en párrafos de capítulos anteriores), centrándose en como los sucesos acaecidos durante el primer período del desarrollo, determinarían en gran medida la orientación sexual de los seres humanos. Simon LeVay, intenta incorporar sus «descubrimientos» sobre las diferencias volumétricas halladas entre hombres homosexuales y heterosexuales en el tercer núcleo intersticial del hipotálamo anterior [NIH3], perteneciente al área preóptica medial; en una teoría general sobre el origen de la orientación sexual. Estas diferencias, se hallarían determinadas por la interacción entre hormonas androgénicas y el cerebro durante el desarrollo. El autor, toma como probados ciertos trabajos como el firmado por el propio Simon LeVay en Science en 1991. No obstante, cabe resaltar que estos trabajos, carecen de la solidez suficiente, como señala Willian Bayne de la Facultad de Medicina Albert Einstein, para ser determinantes. Así, se han descrito insuficiencias en aspectos tan cruciales para la obtención de estos resultados como la técnica de tinción histológica empleada y el alarmante desacuerdo existente en la literatura científica sobre las regiones cerebrales que presentan dimorfismo sexual (así, los resultados de los trabajos de *Swaab y Fliers* en 1985, los de *Allen y Cols.* en 1989 y la del propio *LeVay* en 1991, todos ellos estudiando núcleos intersticiales del hipotálamo anterior, no consiguen el grado de consenso exigible).

El último capítulo, dedicado a la «identidad de género», S. LeVay, somete a una dura crítica, los trabajos de *John Money* realizados en la década de los 60, donde se defiende una identidad de género dependiente del ambiente en el que el indivíduo se ha criado. Y como contrapartida, presenta otros estudios basados en la deficiéncia congénita de 5- -reductasa (enzima que permite la conversión de la testosterona en dihidrotestosterona, siendo un andrógeno fundamental para la formación de los genitales externos masculinos), señalándolos como una evidencia científica, de la relevancia de factores biológicos en la asunción de la identidad de género de uno u otro sexo. Los indivíduos que presentaban dicha anomalía, recibían una educación de corte femenino y al llegar a la pubertad comenzaban a masculinizarse metamorfoseando al mismo tiempo su identidad de género en sentido opuesto.

Esta defensa de sus postulados teóricos puede no ser tan clara como intenta hacernos ver el autor y quizás necesitáramos algunas explicaciones sobre ciertas lagunas no cubiertas por esta teoría biologicista. ¿Cómo es posible, una vez producida la diferenciación sexual del cerebro y de los genitales internos, que un indivíduo que presenta deficiencia de 5- -reductasa, pueda asumir la identidad de género femenino? ¿no cabría esperarse la asunción de la identidad de género masculino, si ya ha concluido diferenciación sexual del cerebro y de los genitales internos?

El autor dedica unas líneas a presentar la posible localización de la homosexualidad masculina en un gen específico. En este «post-factio» (denominado así por tratarse de «descubrimientos» posteriores a la edición del libro) introduce el trabajo realizado por *Dean H. Hamer* y su grupo, publicado en Science en 1993 bajo el título *«A linkage between DNA markers on the X chromo-*

some and male sexual orientation», que versa sobre la localización de un gen ligado al cromosoma X [Xq28], que influiría sobre la inclinación sexual de los varones. Este trabajo, también ha sido objeto de una esmerada revisión por parte de *Willian Bayne y Bruce Parsons (Human sexual orientation: the biologic theories reappraised. 1993)*. Entre otras muchas críticas aportadas por W. Bayne a estos estudios que versan sobre la biología de la homosexualidad se encuentra la que a continuación se cita.

«La confirmación de los hallazgos genéticos que pretenden demostrar que la homosexualidad es hereditaria, no aclara que es lo que se hereda ni como influye en la orientación sexual» (Bayne, 1994)

Antes de dar por finalizada esta breve revisión crítica, es de mención obligada reconocer el buen hacer de *Simon LeVay* al abalar con numerosa literatura experimental, cada una de las ideas que expone a lo largo del texto, al igual que la inclusión de un glosario de términos en las páginas finales del libro, que agiliza la lectura comprensiva de las partes, conceptualmente más densas del texto. De igual modo, es preciso resaltar la brillantez expositiva del autor, por ofrecernos un análisis detallado, actual y riguroso sobre uno de los temas más controvertidos y polémicos de la actualidad científica y social; lo que nos obliga a recoger «El Cerebro Sexual», como uno de los textos de referencia y de lectura imprescindibles sobre el dimorfismo sexual.

Referencias

Allen, L.S., Hines, M., Shryne, J.E. y Gorski, R.A. (1989). *Two sexually dimorphic cell groups in the human brain.* Journal of Neurosciece, 9, 479-506.

Bayne, W. (1994). ¿Una determinación biológica? *In estigación y Ciencia*, 214, 13-19.

Bayne, W. y Parsons, B. (1993). *Human sexual orientation: the biologic theories reappraised.* Archives of General Psychiatry, 50, 3, 228-239.

Hamer, D.H., Hu, S., Magnuson,V.L., Hu, N. y Pattatucci, V.L. (1993). *A linkage between DNA markers on the X chromosome and male sexual orientation.* Science, 261, 321-327.

LeVay, S. (1991). *A difference in hypothalamic structure between heterosexual and homosexual men.* Science, 253, 1034-1037.

Lewotin, R.G., Rose, S. y Kamin, L.J. (1984). *Not in our genes: biology, ideology and human nature.* Pantheon Books.

Money, J. y Ehrhardt, A.A. (1972). *Man and woman, boy and girl: the differentiation and dimorphism of gender identify from conception to maturity.* Baltimore Johns Hopkins University Press.

Swaab, D.F. y Fliers, E. (1985). *A sexually dimorphic nucleus in the human brain.* Science, 228, 1112-1114.

Revisado por:
Luis. J. Santín
Facultad de Psicología
Universidad de Oviedo

Sobre la historia de la Psicología en España

Helio Carpintero.
Madrid: EUDEMA, 1994

Una síntesis personal

La *Historia de la psicología en España*, de Helio Carpintero, representa la culminación de toda una serie de esfuerzos de sín-

tesis del desarrollo de la psicología española que su autor viene realizando al menos desde 1976, fecha en que apareció por primera vez su manual de *Historia de la Psicología*. El breve capítulo que en él se dedicaba a «la psicología en España» —un capítulo que a muchos nos hizo tomar conciencia de la necesidad y aun la obligación que teníamos los historiadores españoles de la psicología de procurar alguna claridad sobre nuestra propia historia psicológica— contiene el núcleo de un programa que Helio Carpintero ha ido desarrollando a lo largo de los años junto con gran número de colaboradores y discípulos.

«Está por hacer una historia de la psicología española», escribía entonces. Y añadía: «Los nombres de Luis Vives, Juan Huarte de San Juan, o de filósofos como el P. Francisco Suárez, S.I., deberían ser tenidos muy en cuenta, al trazar una imagen de lo que fue nuestra psicología filosófica» (Carpintero, 1976, VI, p. 63). Pues bien, esa historia que en 1976 estaba por hacer y a la que habría que incorporar figuras como las citadas es precisamente lo que nos ofrece este libro de 1994. Desde esta perspectiva, su reciente *Historia de la psicología en España* cobra el carácter de una promesa final y felizmente cumplida.

Se trata, pues, de una obra de síntesis. Pero una síntesis amplia que, sin dejar de aspirar a proporcionar una visión global del desarrollo de la psicología en nuestro país, contiene un tratamiento mucho más detallado de sus cuestiones que otras aproximaciones anteriores de su autor a este mismo tema (cfr. Carpintero, 1980 y 1989, por ejemplo). Asimismo se incorporan multitud de autores y cuestiones nuevas, entre las que puede destacarse la atención que se presta a la psicología renacentista y al «largo paréntesis» representado por los siglos XVII y XVIII que, probablemente por falta de oportunidad, apenas habían sido rozados en ocasiones anteriores.

En el umbral de su libro, Carpintero se refiere generosamente a la existencia actual de monografías y trabajos que han hecho el suyo más fácil de lo que hubiera podido ser hace veinte años. Esto, que sin duda es verdad, no debe inducir al error de creer que este libro suyo no es sino el resultado de un vaciado de la información contenida en trabajos previos. Por el contrario, estamos ante un considerable esfuerzo de síntesis *personal* de una ingente cantidad de información, que sólo puede explicarse por los largos años de continuado asedio y familiaridad del autor con los temas abordados, a los que se aproxima a menudo con interpretaciones propias y alejadas del tópico.

El punto de partida

La *Historia de la psicología en España* arranca de la época renacentista, en que España comienza a existir como nación moderna. Este punto de partida es seguramente discutible (como lo sería cualquier otro, por otra parte). Habrá quienes, instalados en la clásica distinción de Ebbinghaus entre el «pasado» y la «historia» de la psicología, consideren que se presta aquí excesiva atención a un pasado filosófico en que la psicología estaba aún lejos de alcanzar su moderna condición de ciencia positiva. Para otros, en cambio, se tratará de un comienzo muy tardío que deja fuera de consideración figuras que se han considerado con frecuencia capitales en la historia de la la psicología y pensamiento españoles: Séneca, Raimundo Lulio, Pedro Hispano...

En todo caso, la perspectiva que aquí se adopta se halla plenamente justificada. Por un lado, se parte de la efectiva realidad histórica de España como supuesto para poder hablar de una psicología propiamente *española*. Por otro, el punto de partida adoptado permite reconocer el papel decisivo que han desempeñado en

nuestra tradición psicológica figuras tales como las de Luis Vives y Juan Huarte, auténticas «cabezas de tradición» que han constituído ineludibles puntos de referencia en muy distintas épocas.

Naturalmente, situar en el Renacimiento el origen de su *Historia* ha obligado a Carpintero a precisar el concepto de la *psicología* en ella historiada, cuyo sentido, en sus comienzos, es necesariamente más amplio del que ha podido llegar a adquirir al cabo de esa misma historia. Así, nos dice, por psicología española va a entender «un saber de índole empírica sobre la mente y la vida, en ocasiones con alcance eminentemente práctico. Es una psicología pensada y escrita en nuestro país desde su constitución como nación moderna, en el último cuarto del siglo XV, y cuyo término final, inequívoco, es la constitución de una tradición contemporánea, en el siglo XX, principalmente fundada en relaciones de cooperación personal, carente de las connotaciones propias de un sistema de ideas determinado y fuertemente orientada hacia las aplicaciones técnicas» (Carpintero, 1994, p. 18).

Cuestiones historiográficas

Carpintero toma, pues, postura explícita sobre toda una serie de cuestiones historiográficas previas que se abordan en un primer capítulo repleto de interés. Me he referido a las relativas al punto de partida de esta historia y al concepto de psicología que en ella se maneja. No pueden dejar de mencionarse otras igualmente decisivas.

El «inequívoco» punto de llegada, esto es, la «constitución de una tradición contemporánea en el siglo XX», revela la «vocación» o permanente «pretensión científica» de aquella psicología española iniciada en el Renacimiento. El reconocimiento de semejante pretensión o aspiración científica obliga a explicitar, a su vez, un determinado concepto de ciencia. Carpintero rechaza expresamente una concepción de ciencia como realidad ahistórica consistente en un mero conjunto de enunciados y propone, en cambio, un modelo organizacional que permita integrar las dimensiones sociales y conceptuales del quehacer científico. Este modelo va a presidir todas las páginas de esta *Historia*, donde las distintas aportaciones intelectuales de los autores considerados se presentan siempre en relación con el marco histórico y social del que brotan y en el que vienen a cobrar todo su sentido.

Por otra parte, es precisamente ese marco social el que introduce una «modulación nacional» en la tarea de los científicos, determinando el sistema de intereses y desatenciones, de estimaciones y rechazos, que van a ir constituyendo las «tradiciones nacionales». Frente a la afirmación de una psicología única «por encima de diferencias accidentales de territorios, fronteras y lenguas», Carpintero apuesta decididamente por una psicología plural, diversificada en estilos y tradiciones, que es lo que justifica, en última instancia, la posibilidad misma de una psicología *española* susceptible de ser historiada.

En el pórtico de su libro, pues, Carpintero toma expresa conciencia de su posición como historiador ante algunas dimensiones esenciales de su objeto. Al hacerlo así, además, nos invita implícitamente a hacer lo propio, a reflexionar sobre estas cuestiones decisivas para todo historiador de la psicología y acaso también, por qué no, a polemizar con él.

Un libro incitador

Como he mencionado más arriba, Carpintero señala en su prólogo que el esfuerzo requerido por la redacción de esta *Historia* veinte años atrás habría sido muy superior al exigido ahora; pero

también indica que en otros veinte años se podría hacer mejor. A quienes trabajamos en el tipo de cuestiones de que trata su libro, esto nos plantea un reto al que, en mi opinión, no podemos dejar de responder. Quiero referirme ahora al valor de incitación que de este modo llega a adquirir, a algunas tareas por hacer que su autor apunta en él y a algunas otras que su misma realidad deja, a mi entender, implícitamente planteadas.

«Empieza a estar el campo roturado en su conjunto», escribe el autor. Hay, sin embargo, múltiples ámbitos concretos que merecerían un estudio más profundo. Recogeré aquí sólo dos de las sugerencias de Carpintero, situadas al principio y al final de su narración histórica.

Por lo pronto, un campo enorme insuficientemente investigado es el relativo a los «hallazgos psicológicos» del siglo XVI español. En este sentido, nos dice, habría que estudiar «los tratados sobre el arte de la memoria, los análisis de la intimidad insertos en los libros de mística, las referencias al saber y obrar de os personajes de comedias, novelas, libros de memorias, historias, descripciones y narraciones de la aventura americana» (Carpintero, 1994, p. 55). Las referencias a los autores de esta época, aun los de primera fila, están salpicadas de comentarios que ponen de manifiesto las múltiples lagunas de conocimiento que aún existen en este terreno.

No se trata, sin embargo, de un problema originado únicamente por la lejanía temporal. Al ocuparse de un asunto mucho más próximo como es el de «la psicología y la guerra de España» (en concreto, de «la guerra y las actividades psicológicas»), observa Carpintero que «es ésta una cuestión sumamente compleja, todavía por aclarar de modo suficiente» (p. 264), si bien recoge algunas aportaciones significativas que apuntan a su esclarecimiento, como las de Emilio Mira, Dionisio Nieto y Justo Gonzalo, entre otras.

Entre uno y otro de estos extremos, el libro contiene numerosos comentarios que ponen al lector sobre la pista de cuestiones insuficientemente exploradas que merecerían serlo con mayor atención. Permítaseme sugerir algún otro ejemplo que pone todavía más de relieve la importante dimensión de esta *Historia* como estímulo para la investigación.

Aunque el autor suscribe la tesis de la «intermitencia» lanzada por Yela para caracterizar nuestra historia psicológica, no cabe duda de que su libro representa un considerable esfuerzo por detectar relaciones, hilos de tradición que, por tenues que sean, permiten establecer conexiones de sentido entre autores y obras con frecuencia muy distantes y que, en alguna medida, ponen en cuestión aquella tesis. Algunas de estas conexiones pueden resultar ya bien conocidas, como la que permite enlazar a Vives con Simarro, o a Huarte con los frenólogos. Otras quizá no lo sean tanto, como el papel de la «escuela catalana del sentido común» como puente entre la tradición encabezada por Vives y las «escuelas» de Barcelona y Madrid en el siglo XX. Este esfuerzo por desvelar tradiciones o conexiones significativas capaces de proporcionar una estructuración cada vez más precisa al campo de la historia de la psicología española (por debajo de esas brillantes cimas que, contempladas de lejos, pueden dar una impresión, tal vez equívoca, de «intermitencia»), bien merece ser continuado y profundizado.

El libro, que arranca del siglo XVI y contiene interesantísima información y análisis de la significación de autores que no es frecuente ver asociados a una historia de la psicología (S. Ignacio de Loyola, Gracián, Cardoso, Feijoo...), gravita sin embargo claramente sobre el XX. Mejor

dicho, sobre su primer tercio, donde la generación de 1886 (la de Ortega, Marañón, Lafora, Viqueira y tantos otros) se revela, también en este terreno, como una generación prócer. En comparación con el tratamiento que se da a este brillantísimo período de nuestra historia reciente, la atención que recibe la psicología posterior a la guerra civil queda, en mi opinión, algo descompensada. Claro es que su brillo es menor, y que estamos ya en la frontera de lo que constituye nuestro presente. Con todo, en el umbral del siglo XXI, bueno sería poder contar con una imagen más precisa de lo que pronto va a ser ya, irremediablemente, «el siglo pasado».

El problema de las fuentes

Una de las mayores dificultades a que ha de enfrentarse el lector interesado en el pasado de la psicología española es, seguramente, la de la escasa accesibilidad de las fuentes. Hoy, en efecto, cuando afortunadamente se dispone ya de varias ediciones modernas del *Examen de ingenios* de Huarte de San Juan, sigue siendo forzoso leer la *Antoniana Margarita* de Gómez Pereira en latín. Preciso es reconocer que el caso de Huarte es la excepción: la mayor parte de las obras que han ido configurando nuestra historia psicológica resulta prácticamente inaccesible al lector de nuestros días.

Si volvemos ahora la mirada hacia las fuentes secundarias, la situación que encontramos no parece mucho mejor. Cierto es que, como Carpintero reconoce, se empieza a contar con trabajos monográficos que iluminan sectores diversos de nuestra historia; y que la Sociedad Española de Historia de la Psicología, en colaboración con la *Re ista de Historia de la Psicología*, está realizando un enorme esfuerzo de difusión de estos trabajos a través de la publicación de las Actas de sus reuniones anuales. Con todo, cada vez son más las investigaciones y tesis doctorales que se ocupan de la historia de la psicología española que han de permanecer inéditas por la insuficiencia de adecuados canales de difusión.

La *Historia de la psicología en España* contiene una abundante bibliografía que pone de manifiesto la cantidad de fuentes de dificilísimo acceso que ha sido preciso consultar para redactarla. La labor realizada por Carpintero en este sentido ha sido verdaderamente inmensa. Su bibliografía incluye numerosas fuentes primarias (que viene coleccionando asiduamente desde hace muchos años) y un considerable número de tesis doctorales inéditas (con frecuencia dirigidas por él mismo) que hacen de ella una herramienta utilísima tanto para el investigador como para el lector interesado en las cuestiones de que el libro trata. Al propio tiempo, representa una seria llamada de atención a los psicólogos españoles sobre el estado de lamentable descuido en que permanecen todavía sus más genuinas raíces intelectuales.

***

En suma, la *Historia de la psicología en España* de Helio Carpintero, presenta una síntesis personal de la psicología realizada en nuestro país desde el siglo XVI. Es, además, una historia planteada con rigor desde posiciones historiográficas formuladas con toda limpieza desde sus primeras páginas, llena de información relevante, interesante y difícil de conseguir, y repleta de sugerencias e incitaciones para el lector y el investigador. Ojalá su mensaje cale hondo en nuestra comunidad científica.

Referencias

Carpintero, H. (1976): *Historia de la Psicología*. Madrid: UNED.

Carpintero, H. (1980): «La psicología española: pasado, presente, futuro». *Re ista de Historia de la Psicología, 1*, 33-58.

Carpintero, H. (1989): «La psicología en España: Una síntesis». En J. Arnau y H. Carpintero (eds.): *Historia, Teoría y Método*. Madrid; Alhambra.

Carpintero, H. (1994): *Historia de la psicología en España*. Madrid: Eudema.

Revisado por:
Enrique Lafuente
UNED